



# **Seduciendo a dios**

**El Ejército del futuro**



**Proscritos**

© El Ejército del Futuro  
© de esta edición: Proscritos LaEditorial  
Apdo. correos 57  
28250 Torrelodones. Madrid

*www.proscritoseditorial.com*

Diseño de cubierta: *Emerio Arena*  
Fotografía portada: *David Luna* *www.davidluna.es*  
Entramado informático: *www.laisla.com*

Este libro es una realidad virtual.

Primera edición: junio de 2008

ISBN: 978-84-936556-0-0  
Depósito legal: Imprenta  
Impreso en España por: Publidisa

*Puedes reproducirlo cuantas veces quieras,  
puedes copiarlo, leerlo en voz alta o regalarlo.  
Ha sido escrito para ser pasado de mano en mano.*

*A veces  
me abriría las costillas  
con mis propias manos  
y dejaría que todo ese lodo de amor  
os arrastrara.*

**(Comandante Inar de Solange)**

**Agradecimientos:**

A la red proscrita.  
Este libro es hijo suyo.

## Uno

Soy una Elegida.

Entre todas, yo.

Por alguna razón que ignoro y que no necesito conocer.

Aunque no sé quién me envía, no reconozco más padre que el que me dio los apellidos, ni me someto a ningún dios.

Me basta con saber que tengo una misión.

Como Jesucristo, Osama, o el Coyote. Nací con un destino y hacia él me dirijo: morir en la cruz, morir matando, o morir de hambre.

O quizá de un cáncer de pulmón.

Morir, en cualquier caso.

A lo largo de mi vida he ido sembrando tantas expectativas que no me queda más remedio que alcanzarlas, o mis discípulos descreerán de mí, todo sacrificio habrá sido en vano y mi fracaso será mi locura. La línea que separa el éxito de la demencia es tan fina que sé que puedo atravesarla en un descuido, ya lo he hecho antes, pero algún día quizá no haya retorno. Quizá me canse de luchar, de nadar en este océano interminable, de hablar y hablar y hablar, y trabajar y trabajar y trabajar para no conseguir nada; y ese día cerraré mis labios y me tumbaré en la cama hasta que me lleven a un lugar en el que pueda permanecer en mi universo, lejos del mundo que he venido a cambiar.



## Y dos

Tengo ojos de hombre.

Esa es la marca.

Mi corazón y mi cuerpo son de mujer, pero veo a través de los ojos de un hombre. Mi ambición y mis impulsos sexuales son masculinos. Soy la última evolución de la raza mujer, aquella que está destinada a dominar un mundo en el que las evoluciones anteriores no funcionan.

Los hombres me hablan como si fuera uno de ellos, comparten sus problemas más íntimos conmigo, como si tuvieran de antemano la seguridad de que yo sabré entenderles. Los hombres, esos seres introvertidos a los que las mujeres acusan de poco comunicativos, se me abren como flores.

Conmigo hablan demasiado.

Sé lo que tengo que hacer para que cualquiera de ellos se confíe a mí. Y la maldita ambición, que es como un cáncer que se extenderá hasta matarme, no para de agujonearme para que no deje caer en saco roto esa habilidad.



## Alá me ha puesto en tu camino

He pedido una cerveza al último camarero diligente de este Madrid añejo. Hoy apenas quedan profesionales, no digamos ya madrileños, sino españoles. Años atrás una *gata* como yo se desesperaba cuando pedía una caña en provincias: estaba acostumbrada a los mejores camareros del planeta. Aquellos que estaban pendientes de la puerta «Buenos días, señores, al fondo hay sitio ¿qué van a tomar? ¡marchando dos cañas y una de bravas!» Hoy cualquiera puede desesperarse en muchísimos bares de la capital del reino, los parroquianos asistimos a una desnaturalización de este noble y necesario oficio, desempeñado ahora por inmigrantes que no tienen ni puta idea.

No comprendo por qué los propietarios españoles de los bares no les enseñan que, cuando se queda la bandeja vacía, se aprovecha para recoger los restos de la consumición anterior; que conviene mirar a los ojos del cliente y sonreír, en lugar de atender las mesas con cara de raza inferior que no se atreve a levantar la mirada. Sería bueno para todos, para el cliente, que estaría mejor atendido, para el camarero, que dejaría de recibir quejas y quizá incluso llegase a hacerse una clientela fija con la que poder charlar, y para el dueño, que lo notaría en la caja.

Sin embargo todo el mundo parece creer que a un tipo que viene de una cultura diferente, basta con ponerle una bandeja en la mano y pagarle un sueldo a fin de mes para que sepa lo que tiene que hacer. *¿No ha cruzado medio mundo para estar aquí? Pues que aprenda.* La mayoría de los camareros inmigrantes no han recibido instrucción alguna, y clientes y camareros se odian con entusiasmo recíproco.

Algo parecido sucede con la inmigración femenina. Miles, millones de europeos tenemos trabajando en nuestras casas a mujeres de otros países. Mujeres que a lo mejor han dejado hijos y marido a miles de kilómetros, que están solas, que quizá no entiendan nada del mundo



que les rodea. A ellas les vendría bien que los jefes, de vez en cuando, tuvieran un resto de humanidad y se sentaran a charlar con ellas. Pero casi siempre estamos demasiado ocupados como para perder hablando ese precioso tiempo, que ayudaría tanto a la integración de la recién llegada.

Zaida viene unas horas tres días a la semana para que no muramos asfixiados por un caos de ropa sucia. Somos una familia de clase media occidental: padre, madre, la parejita y el adosado en un pueblo del extrarradio, a media hora de la capital. Antes venía una mujer colombiana todos los días, pero de un tiempo a esta parte he tenido que recortar gastos. Vivimos por encima de nuestras posibilidades, esta casa es demasiado grande, tanto que en seis años no hemos conseguido hacerla habitable por entero.

Zaida es marroquí, lleva catorce años en España, y seis meses conmigo. Ha trabajado en el servicio doméstico y en la cocina de un restaurante, se ha comprado un coche, un piso y hasta una termomix.

Cuando llegó a mi vida yo sospechaba que ella era otra señal que indicaba el camino, que ella podría tener claves que me hicieran comprender cuál era mi destino. Pero tenía miedo de las consecuencias y los primeros días evité hablar con ella. Toda la vida preparándome para cumplir la misión y, cuando llega el momento, meto la cabeza bajo el ala. Como si eso pudiera engañar a la puta voz: *habla con ella, habla con ella, habla con ella*. Una mañana, harta de que no me dejara trabajar, *habla con ella*, salí de mi despacho dispuesta a hacerme la encontradiza.

Zaida es una mujer que ilumina, la felicidad es el motor de su sonrisa. Sus ojos, increíbles y negros, no disimularon su alegría al verme entrar en la cocina. Reconozco esa mirada, hace muchos años que trabajan inmigrantes en mi casa: *otra que ha visto en mí al mesías*, pensé.

Y me prometí ser dura y no ceder por muy triste que fuera lo que me contara. Estaba decidida a que las historias pequeñas no me distrajeran de mi propósito de hacer Historia.

Pero Zaida comenzó a hablar sin freno, como si mirándola a los ojos yo hubiera abierto un grifo de agua encerrada durante años.

Para ser marroquí manejaba el español a una velocidad que hubiera resultado sorprendente en un nativo. Mi trabajo consiste en analizar las palabras y las imágenes, la información. Soy analista. Y, por su manera de narrar y relacionar ideas, supe que dentro de ella latía una escritora. Es otro de mis dones: sé qué deseos ocultos encierra cada persona, eso me permite ponerle en el camino.

No me contó su triste vida como hicieron todas las mujeres que han trabajado en mi casa, sino una conmovedora historia de alegre superación.

—¿Te gusta leer?

—No sé leer ni escribir. Nunca he ido al colegio

Me había preparado para que me cantara la triste canción de la inmigrante, y estaba dispuesta a escucharla, a asentir con la cabeza, a prodigar unas palabras de aliento y huir escaleras arriba. Pero Zaida era una escritora analfabeta. La voz trató de reventar las paredes de mi cabeza.

—Yo te enseñaré

Hecho. *Ya has comprometido mogollón de horas de mi tiempo*, me dijo mi yo jefe de producción, *de puta madre*.

*Bien hecho*, me dijo la voz que guía al mesías. Y la pequeña mujercita que en realidad soy, huyó escaleras arriba para que Zaida no le mostrara más señales en el camino.

En vano.

Una hora después oí sus pasos en la escalera y me cagué en todos los dioses de todas las putas religiones. *Escúchala*, me dijo la voz. Como si yo no escuchara a todo el mundo.

Entró a hablar con cualquier excusa tonta, pero no tardó en llegar a lo que quería contar: Su infancia en casa, viendo a todos los demás niños entrar en el colegio que había frente a su puerta, la muerte del padre que la condenó a una vida ignorante, su viaje a España, su primer y terrible matrimonio, la dura conquista por su libertad, su feliz segundo matrimonio, sus ganas de contar al mundo que integrarse es bueno.

Zaida me iluminaba.

—¿Contarías todo eso delante de una cámara?

—Yo estoy aquí para eso. Alá me ha puesto en tu camino.



## Los diferentes

He quedado con Manuel en la calle Miguel Servet, junto a la glorieta de Embajadores, bulliciosa de bohemios —o gente que quiere parecerlo—, turistas inquietos, vecinos del barrio de toda la vida y muchísimos inmigrantes musulmanes. Es domingo soledado de otoño, día de Rastro, y los bares han sacado las terrazas a las aceras. Yo he tenido la suerte de encontrar una mesa libre. Manuel me manda un mensaje al móvil: *No me mates. Llego tarde.* Como de costumbre. Y yo, para no variar, he llegado con demasiado tiempo.

Este Madrid castizo y viejo me trae a la memoria episodios de la época más loca de mi vida, de cuando empezaba el día encendiendo un porro y salía de casa dispuesta a batir mis marcas, de mis pasos por estas calles adoquinadas a la vieja usanza. Sin embargo, la zona ha cambiado mucho desde entonces. Hace veinte años los españoles eran mayoría, y los gitanos ricos dueños de medio barrio.

Hoy, los españoles y los turistas inquietos toman la caña en las aceras soleadas y también en las umbrías, nada como el tradicional aperitivo madrileño de los domingos. Pero ¿qué hacen todos los hombres musulmanes que hay por todas partes? Algunos están apostados en árboles, apoyados en paredes, en pequeños grupos de cinco o seis. Otros deambulan arriba y abajo, intercambian miradas, gestos, alguna frase breve que ningún español podrá entender. En las calles aledañas al Rastro exhiben sus mercancías robadas: dos relojes, una cazadora y una insípida figurita de Lladró; una lámpara, una radio, un par de zapatos usados... Pero aquí no muestran nada. Sólo están. Quizá porque no tengan dinero para otra cosa y salgan a la calle para encontrarse con sus compatriotas, quizá porque en su piso vivan veinte personas y siempre se esté mejor al aire libre, quizá porque tengan que trapichear con todo.

Observo que los más sonrientes son los africanos altos, fuertes, no por negros menos musulmanes. Y me pregunto si sus sonrisas no se deberán a que las mujeres miran sus espaldas, sus culos poderosos. No les sucede lo mismo a los magrebíes, casi todos ellos encogidos sobre sí mismos, con cara de mal follados y muy, muy mal vestidos, que sólo pueden despertar conmiseración y recelo. Muchos de ellos tienen cara de que les debemos algo.

También hay jóvenes musulmanes atractivos, vestidos como cualquier universitario español, que es el aspecto que toman los cabecillas de las células dormidas cuando van a pasar a la acción. Se afeitan la barba, que era obligatoria en el campo de entrenamiento, y adoptan actitudes occidentales. Pasan desapercibidos en nuestras facultades, donde muchas veces estudian con las becas que todos pagamos, y en el vecindario, donde respetan escrupulosamente las reglas de la comunidad en la que viven.

La policía municipal, unos doce, ronda con el aire prepotente que los ejércitos privados estadounidenses gastan en Afganistán e Irak. Tienen que dar miedo a esa masa informe y mora. Porque ellos serán una docena y tendrán porras y pistolas, pero los musulmanes están organizados y sólo aguardan una orden para atacar. Cuatro policías se reparten las esquinas y los demás comienzan un paseo militar por las calles. Como quien se prepara para una redada.

Varios de ellos se dirigen hacia el bar La Mancha, justo enfrente de mí, cuya acera está llena de gente que toma una caña, todos son españoles. Excepto dos chavales con un inequívoco aspecto musulmán a pesar de las sudaderas de Nike y las gorras de la NBA. Son dos pardillos que no se enteran, no se dan cuenta de que si tuvieran una caña a medias en la mano, nadie miraría debajo de sus gorras. Los de su credo se agrupan setenta y cinco centímetros más abajo, y no se mezclan con los infieles que beben alcohol. Salvo que sean novatos vendiendo hachís. Para la policía es pan comido. Se trata de asustar a los chavales, quitarles el poco chocolate que llevan encima y pedirles el teléfono móvil. Uno de los chicos, que tendrá diecisiete años, sonrío y parece relajado, es el jefe. El otro rondará los quince, será dos o tres años mayor que mi hijo, que a estas horas estará viendo los Simpson mientras su padre llama a telepizza, el pupilo está pálido y no se atreve

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

